

Coloquio Internacional Convergencia – París 2025

16 y 17 de mayo de 2025

Norma, tercero, diferencia

Le Cercle freudien

Alain Deniau, Annick Galbiati, Sandrine Malem

¿Acceder a la norma?

La norma no es innata. Al contrario, es el resultado de un recorrido que parte del niño para culminar en su superación dentro de la madurez psicológica. Se produce una etapa decisiva cuando el niño, después de haberse separado de aquel o aquella que lo llevó al lenguaje, abandona la situación de fusión con esta persona para comprender que, junto a ella, forma parte de un conjunto más amplio que incluye, al menos, a otra persona, aquella que Freud llama el tercero, la Dritte Person.

Si no se produce esta inclusión, el niño permanece en un estado de fusión, con la consiguiente ruptura psíquica. Por lo tanto, hay que dar a los niños acceso a este espacio psíquico, que es esencial para que lleguen a ser responsables de sus actos y palabras. En todas las culturas, ésta es la edad de los primeros acercamientos religiosos y de las primeras iniciaciones.

Así, en su relación con el otro en la palabra, se funda la alteridad y, por ende, el vínculo social. Es propio del sujeto humano ser construido por el efecto del lenguaje. Hay un salto en el paso del Uno al Tres. El Uno es el tiempo de la fusión en el otro, tiempo de la vivencia exclusiva. El tiempo del Tres es el del florecimiento de las tres componentes del sujeto.

El Tres impone una separación que diferencia. El ser humano piensa su espacio de pensamiento y de vida, individualmente y colectivamente, en un marco generado por el Tres, que estructura el inconsciente. Se ilusiona refiriéndose al Uno ideal que promueve el monoteísmo.

Estos tres componentes del poder en el escenario social sólo tienen fuerza cuando están separados y diferenciados.

El niño desarrolla la confianza, desde la primera infancia, en forma de una fe en aquellos que velan por su seguridad y su bienestar. Esta disposición, una vez establecida, se extiende luego a otros seres humanos y a la sociedad en la que vive. La sumisión a la autoridad se construye a partir de la instalación del Superyó. Exige confianza. Establecida en la desconfianza, la sumisión prepara el terreno para la rebelión. Un rasgo de revuelta persiste y se convierte en un rasgo de carácter anclado en el narcisismo.

La legitimidad impone una aceptación de la realidad, ya que es la continuidad del marco establecido por los padres del niño. Los niños pequeños son fundamentalmente conservadores. Este rasgo persiste o se agrava cuando se convierten en adultos. El cambio necesario exige, entonces, fijar la atención social en la permanencia del marco para hacerlo evolucionar desde dentro y no transformarlo bruscamente mediante una identificación a un movimiento de cólera.

Estos tres hitos son estructurales para una prevención política porque son el reflejo y la expresión de una organización específica del ser humano. Lacan descubrió que esto se debe a la expansión del lenguaje en su interior. Encontrar en las producciones humanas la estructura misma del lenguaje es, por tanto, lógico. Es necesario entonces develar aquello que está oculto por la represión y su producción, la ideología, que se ha construido sobre el Uno.

Se observa una paradoja que solo puede comprenderse mediante la acción de la represión: la psique está formada por una tripartición que se constata en las obras humanas nacidas del pensamiento individual y colectivo, es decir, de la civilización. Esta se reivindica inspirada por la unidad indivisible en la que cada ser humano reconoce la armonía y el bienestar que fueron suyos cuando era llevado por su madre. La felicidad ilusoria del paraíso perdido persiste en todos los seres humanos. Se convierte en la aspiración al Único del monoteísmo. Lacan califica a la religión cristiana como "verdadera" porque asume esta división entre la Trinidad, divina y tripartita, y la unidad monoteísta.

Por tanto, no puede existir una norma que se imponga al ser humano. Solo puede ser el resultado de una tensión entre la necesidad de una identificación al Uno de todos y la tensión interna, ligada a la naturaleza misma del inconsciente tripartito, que no puede dejar todo el espacio a lo Imaginario.

La norma se convierte así en una oscilación, un compromiso inconsciente del cual el sujeto debe emanciparse. Su construcción hace referencia efectivamente a una masa, en el sentido de Freud. Una masa necesita, para su consistencia, rasgos comunes de identificación. El Uno, el Único, es entonces compartido con los otros mediante la palabra intercambiada, formada y nacida del espacio del Tres.

El espacio tripartito es radicalmente ajeno al espacio del Uno porque necesita la presencia de un vacío, de una ausencia, para que haya diferenciación entre sus tres componentes. El vacío intrínseco, que Lacan llama *a*, produce un cuarto discurso, el del analista, que no es ni el del Amo, ni la enunciación de un saber constituido, ni una expresión del cuerpo. Se asemeja a la invención del artista que, a partir de su existencia, crea. Como él, en su práctica, el psicoanalista solo puede estar fuera de las normas.

Alain DENIAU

.../...

Norma, ternariedad, diferencia

En una época en la que, en nuestras sociedades occidentales, la representación de una norma parece haber estallado en favor de una multiplicidad de referencias comunitarias — como las de los LGBTQIA+ — y su desafío a lo que Lacan llamaba la «norma masculina»; donde el «A cada uno su norma» — como instancia subjetiva y reguladora — compite con lo «fuera de norma», esta noción se convierte en cuestión: dando lugar, además —entre lo digital y las redes sociales, los «influencers» y sus «followers» — a una nueva forma de estandarización.

Una estandarización en la que el papel de la imagen, de lo imaginario, juega a fondo. ¿No podríamos considerar la norma y su estandarización actual como una versión imaginaria de la ley simbólica, una versión que pertenece a la *Massenpsychologie*?

Esto con consecuencias muy reales y en detrimento de la dimensión simbólica, cuya función tercera, constitutiva del deseo, parece debilitarse.

En lugar de aquello que «humaniza», que «civiliza» la pulsión, nos enfrentamos a oleadas de goce, a estallidos devastadores que polarizan nuestra sociedad en los extremos y la fracturan. La ley, en este caso, tiende a reducirse a la del más fuerte, a lo imaginario, a lo arbitrario...

Si Lacan no dejó de distinguir lo real de lo simbólico y de lo imaginario, también fue para interrogar la relación entre estas tres consistencias, su «ternariedad», su interdependencia.

Lo que no deja de plantear la cuestión de su anudamiento y sus fallos, de su interacción dentro de cada cura en su singularidad.

Annick GALBIATI

.../...

Norma, castración, diferencia: el precio de la libertad

Para pensar, primero hay que distinguir una cosa de su contraria. El pensamiento se construye apoyándose en los puntos de resistencia de lo real, y esto desde el nacimiento: la diferencia entre lo bueno y lo malo, la vida y la muerte, lo masculino y lo femenino, las generaciones... Freud afirma, en el artículo «*Sobre el sentido antitético de las palabras primitivas*», que los conceptos se generan por comparación. Nacen por diferenciación, separándose progresivamente de la unidad dual formada por dos opuestos.

La norma, como «principio rector extraído de la observación de la mayoría», puede definirse como un «promedio» entre dos excesos, de tal manera que la propia norma sería correlativa a una carencia, sabiendo que es precisamente la carencia de esta carencia lo que genera angustia (y no al revés). La norma sería entonces la incompletud y la templanza.

Para Lacan, muy fiel a Freud en este sentido, la norma del deseo y la ley son una misma cosa, opuesta al goce. Esta ley es la que se funda en el Edipo, es decir, el hecho de que “gozar de la madre está prohibido para todo ser hablante”.

¿Se habrán convertido el borramiento de los límites, la uniformización y la indiferenciación en la nueva “norma”? Esto es lo que promueven tanto el capitalismo globalizado, potenciado por las redes sociales —que borra fronteras e identidades— como el wokismo, esa ideología que, bajo la apariencia de promover la igualdad contra las discriminaciones, termina esencializando y enfrentando a los seres humanos según tal o cual rasgo al que se les reduce (gais contra heterosexuales, blancos contra “racializados”, mujeres contra hombres...), negando la alteridad, ya que toda diferencia sería, según esta lógica, un sistema de dominación y asignación. De este modo, se aproxima a las peores ideologías totalitarias, que se basan en la misma lógica binaria, sin matices. Desaparece el padre, ese eterno obstáculo para la fusión total, y al mismo tiempo: empobrecimiento del lenguaje y odio hacia el otro. ¿No es esta seducción de lo indiferenciado una fascinación por la muerte?

Por el contrario, en el análisis, a lo largo de las sesiones, el habla, con la multiplicidad de sus resonancias y ambigüedades, a través del propio juego del significante, se enriquece y se carga de matices, forjando un nuevo horizonte de libertad para el sujeto gracias a la inagotable inventiva del lenguaje.

Sandrine Malem